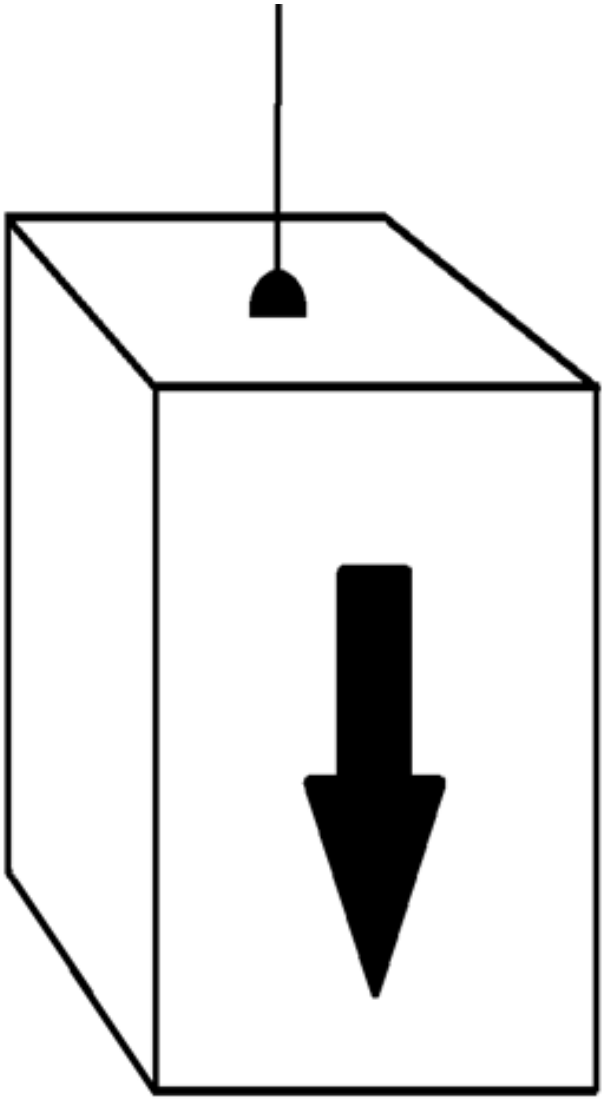
¿Viaje al centro de la tierra?

Diego Yáñez Espinoza



Capítulo 1

Me levanté el lunes en la mañana las seis y media con una resaca terrible. El día anterior era el cumpleaños de un amigo y bebimos más de la cuenta. Sobre todo, para un domingo, con toda la expectativa de una semana laboral completa. Probablemente llegaría arrastrándome al fin de semana siguiente. Salí resignado a trabajar. En mi camino al trabajo, pasé por un negocio a comprarme una bebida isotónica, estoy convencido de su efectividad ante las resacas y el trasnoche. No tengo ninguna prueba, pero se que mi cuerpo así lo cree, lo que es suficiente para sentirme mejor. Finalmente llegué al piso décimo tercero del edificio donde trabajo.

Desde las nueve hasta las dos de la tarde se me hizo eterno. Probablemente trabajé menos de lo que uno trabaja en la víspera de navidad o de año nuevo. Finalmente era la hora de almorzar. Mis compañeros me invitaron a comer pizza, pero me excuse diciendo que estaba mal del estómago. No quería nada en particular, me sentía derrotado, por lo que decidí bajar a comprarme una ensalada con camarones.

Llegué al pasillo y llamé al ascensor. en él había una joven que calculaba, tenía una edad similar a la mía. Medía alrededor de un metro setenta, tenía el pelo tomado en una cola. Vestía una falda azul marino, una camisa floreada en tonos pálidos y zapatillas. Una tenida que me inspiraba juventud y semi formalidad. Iba pegada a su smartphone, ni siquiera había reparado en mí, o en que el ascensor había hecho una escala para recoger a otra persona. Entré al ascensor y de pronto una voz cercana a la puerta me dice -¿A que piso va señor?- Era el ascensorista, en mi ensimismamiento no había reparado en él. Le respondí que iba al piso primero. En un caballero entrado en edad, con pelo semi canoso y vestido de manera extremadamente formal. Un inmaculado traje azul y una corbata del mismo color.

Con los tres inquilinos el ascensor comenzó su lento descenso. El panel digital indicaba los pisos, 13, 12, 11, 10, 9, 8, 7, 6, 5; al parecer no habría otra parada hasta el piso primero, 4, 3, 2, 1, -1, -2…

- ¡Nos pasamos! - Le dije con impaciencia al ascensorista.

-Ah no, lo siento, a veces pasa esto, el ascensor decidió seguir bajando. - Dijo el mismo, como si fuera lo más normal del mundo.

- ¿A qué se refiere usted con eso? -Dijo la joven oficinista, despegando la mirada de su smartphone. - ¿Acaso el ascensor toma decisiones por su

cuenta? Pensé que usted lo manejaba.

-Así sería en teoría, pero este ascensor es muy viejo, más que yo y, por cierto, ya tiene sus particularidades-Dijo el ascensorista con una sonrisa. -Ya sabe usted, con la edad tendemos a ponernos mañosos- dijo al tiempo que guiñaba un ojo. -Por cierto mi nombre es Tomás, un gusto conocerlos.

-Disculpe don Tomás, pero es que mi tiempo es limitado, solo tengo una hora para almorzar- Dije mientras ya íbamos en el piso -13. -No me puedo demorar mucho. Además, ¿No que este edificio solo llegaba al piso -1? Creía que ese era el piso de estacionamientos y último piso.

-Así es joven, llega hasta el piso -1 como usted dice y hasta ahí depende de mí. Pero si se sale de los límites, yo ya no tengo ninguna injerencia, verá usted, me veo limitado por mi contrato con la administración del edificio, cuya jurisdicción solo llega hasta el nivel de los estacionamientos. Sobre lo que va más allá, simplemente soy espectador, igual que ustedes. Lamento si esto le genera retrasos.

No entendí absolutamente nada, ¿Cómo era posible que el ascensor siguiera bajando? Se escapaba de lo que estaba dispuesto a procesar en mi estado. Lo único que pude hacer fue resignarme a mi nueva realidad, admitirla y apropiarme de ella. ¿Qué sentido tenía buscar una solución? Estaba en una situación absurda, encerrado en un ascensor con dos personas que no conocía. Y ya íbamos en el piso -21.

Ella tampoco parecía muy preocupada, creo que asimiló la situación igual que yo. Supongo que ambos teníamos otras cosas de las que preocuparnos en nuestra vida como para que nos importara una inconveniencia ridícula, que no tenía ningún sentido por donde se viera.

- ¿Hasta que piso se supone que llegaremos don Tomás? ¿Vamos a morir? Esto no es normal- Dijo ella.

-!No tengo idea joven! No van a morir, pero probablemente les cueste volver a subir, nunca se sabe la verdad, depende hasta el piso que bajemos- Dijo don Tomás.

-¿Vamos al infierno?- Le pregunté.

-Mmm… no lo creo, no soy católico así que ese concepto se me escapa- dijo don Tomás.

-Deberíamos besarnos ya que este es el fin. Le dije bromeando a la chica.

-No vamos a morir, estúpido-Dijo la joven en un tono divertido, con una

sonrisa.

Creo que la reacción tanto mía como de ella escapaban de la razón para la situación que estábamos viviendo. Estábamos muy relajados. No se si sería la falta de oxígeno, que ya estábamos muertos, que teníamos un sueño compartido, ya no entedía nada; y simplemente decidí dejar de darle vueltas en la cabeza al asunto. Ya íbamos en el piso -55.

-Uf, que terrible semana ha sido esta- Dijo ella, al tiempo que dejaba escapar un resoplido. Luego se sentó en el suelo y apoyó su cabeza en la pared.

-Pero si solo es lunes- Le respondí.

-Pero estoy muy agotada ya.

-¿Por qué?

-Trabajo en una compañía inmobiliaria, la que queda en el piso 21. El viernes recién pasado, el jefe me había encargado revisar un proyecto de construcción para el lunes, o sea hoy. Obviamente no alcancé a terminar. Estuve trabajando todo el fin de semana en el proyecto, para poder presentar algo, lo que fuera. Apenas dormí. Llegué hoy y al presentar mis revisiones al proyecto el jefe me dijo que se había cancelado. Me dio impotencia, nadie me avisó, nadie me dijo nada. Todo el fin de semana perdido, por nada.

-Que terrible, ¿eres nueva en tu oficina?, Me pasó al llegar a mi trabajo actual, los de cargos superiores se olvidaban de mi existencia, a veces me daban trabajo sin sentido igualmente.

-Así es, apenas llevo un mes, no tengo la confianza suficiente para enfrentarlo. Simplemente agaché la cabeza y seguí trabajando. Creo que es por eso que terminé aquí.

-¿A que te refieres con eso?- Le pregunté sorprendido.

- ¿Estamos aquí por algo o no? Creo que no podremos salir de aquí a menos que entreguemos algo de nuestra parte. Un cambio, una reflexión sobre la vida. ¿No es así don Tomás?

-Como le comenté señorita yo ya no manejo el ascensor. Pero creo que usted tiene razón en algo. A menos que haya un cambio de circunstancias seguiremos bajando. La realidad actual es la que nos lleva a vernos envueltos en esta situación; y la forma de revertirlo es cambiar ello.

- ¿Ya ves?; y tu, ¿Cómo llegaste acá? – Me preguntó ella.

- Hablas como si estuviéramos en la cárcel y me preguntaras que crimen cometí- Dije tras recordar una serie de películas ambientadas en la cárcel.

- Puede ser, este ascensor es nuestro lugar de reclusión. Creo que para poder salir me tienes que decir tus crímenes contra ti mismo, así que confiesa malhechor – Dijo cruzándose de brazos y adoptando una actitud seria, aguantándose la risa.

-Pensándolo bien nunca creí que hubiera algo malo con mi vida. Tengo un trabajo estable, vivo en un departamento que me dejó mi abuelo paterno como herencia y en general no tengo problemas económicos.

-¿Eres feliz?

-No sé.

-Como no vas a saber.

-No lo he pensado.

- Según lo veo yo, simplemente te has dedicado a existir. Dijo adoptando una postura seria.

- ¿No es eso lo que intentamos todos?

- Supongo, pero debe haber algo más en la vida que pasar los días, ¿No crees? No podemos estar atrapados en un ciclo de conformismo con lo que nos parece normal. Si no, no habría ningún punto en la vida. Yo creo que hay que encontrar un punto, un objetivo en la vida. Si no, daría lo mismo estar muerto.

- ¿Cuál es tu objetivo?

- No lo sé, por lo pronto quiero hacer lo que me haga feliz. No he ido a la playa hace tiempo, por ejemplo, me quiero ir un mes completo en cuanto tenga una oportunidad.

Me puse a reflexionar sobre mi vida. Me di cuenta de que ella tenía razón, ya no recordaba la última vez que me planteé un objetivo. Tampoco la última vez que hice algo por mi mismo, o que haya salido a algún lugar por mi cuenta. Que haya invitado a algún amigo a juntarnos. Me había estado limitando a dejarme llevar, seguía una corriente que no me llevaba a ningún lado. Me estaba quedando vacío.

- No sé cómo hacerlo. Le dije.

- ¿Hacer qué?

- Ser feliz. Me acabo de dar cuenta que no tengo ningún objetivo o deseo. Simplemente he estado dejando pasar los días tal como dices. No me había dado cuenta hasta ahora. No se desde cuando comenzó esto, no recuerdo la última vez que sentí júbilo, placer, dolor o sufrimiento.

- Estás peor que yo- dijo con un gesto compasivo. -Creo que deberíamos partir con un deseo simple, ¿Qué se te ocurre?

- Me quiero tomar un helado.

-Buena idea, apenas salgamos vamos por uno.

De pronto el ascensor comenzó a bajar la velocidad. Al tiempo que ella se ponía en pie y se sacudía la falda, se abrieron las puertas. Era el piso -89.

- ¡Pero miren que bien! - comenzó a decir don Tomás – ya hemos llegado. Lograron detener el ascensor.

- ¿Y ahora que hacemos don Tomás? Preguntó ella.

-Ahora solo tienen que buscar su camino hacia arriba.

-¿No podemos tomar este mismo ascensor hacia arriba?- Le pregunté al ascensorista.

-Lamentablemente este ascensor seguirá bajando. Pero creo que en este piso hay otro ascensor en alguna parte, también hay escaleras.

- ¿Y qué pasará con usted? - Preguntó ella, mientras ambos salíamos del ascensor y nos poníamos de frente a don Tomás.

-Seguiré hacia abajo, es parte de mi contrato con la administración. Volveré a subir si alguien llama a este ascensor, así como lo hicieron ustedes. ¡Que tengan un bien día!

Se cerraron las puertas del ascensor y lo oímos ponerse en movimiento. Nos dimos vuelta para mirar el piso en que nos encontrábamos. Era solo un largo pasillo, con 6 puertas al lado izquierdo y 4 al lado derecho. Al centro del lado derecho del pasillo había lo que parecía un camino hacia un set de elevadores.

-¿Qué quiso decir con que nosotros llamamos al ascensor?- Me preguntó

ella.

Tras pensarlo, le dije: -Supongo que es como tu descubriste. Ambos queríamos, inconscientemente, un cambio. No creo que lo hayamos logrado. Pero si creo que encontramos un indicio, de lo que necesitamos, de lo que nos falta.

-Que complicada es la vida - dijo mirando al techo. -Miremos por ahí por ahora- Comenzó a decir ella, apuntando hacia los posibles ascensores- por cierto, ¿Qué harás ahora?

-Al subir, creo que voy a renunciar. No me gusta el trabajo en el que estoy. Llevo 5 años en el y nunca me ha gustado. Acabo de notar que solo lo hago por costumbre. Tengo ahorros para poder subsistir por mi cuenta un tiempo. Dedicaré los próximos meses a averiguar que quiero hacer. Y después de renunciar, me iré a tomar un helado.

-Me parece muy bien – Dijo ella sonriéndome- Creo que haré lo mismo, dame tu número y nos ponemos de acuerdo, renunciamos y bajamos a la heladería que queda al frente.

- ¿Nos vamos a la playa mañana?

-Vamos.